

La noche del titiritero

*Erick Monge
erickmong@hotmail.com

A mi mami, Matilde Manzanares

Era de noche. No cualquier noche, sino una que nadie podrá olvidar. Un aire helado se filtró por la ventana. El cuarto de Francisco se encuentra solo a unos pasos de la entrada principal. Se oyen truenos, y la lluvia empezó a caer con más fuerza. El zinc es azotado por las fuertes gotas de lluvias. Francisco no sabe cómo, ni porqué, se encuentra despierto. De repente un escalofrío recorre todo su cuerpo, al tiempo que un fuerte rayo impacta con toda su ira contra algún árbol cercano.

El corazón de Francisco está agitado. Le cuesta respirar con normalidad, y se percata que un extraño calor, una especie de fuego le molesta en el cuello. Intenta levantarse de la cama, repentinamente, un fuerte trueno hace estremecer toda la casa. Estaba aterrado.

¡Una voz! Esa voz parece un pequeño susurro: *-Francisco-* dijo. Él escucha que lo llaman. Intenta reconocer primero de quien esa voz, que parece de un hombre mayor, y luego trata de identificar de donde procede. Aquello le resultó infructuoso. – *Francissscooo* – repitió nuevamente el viejo. Ahora la voz suena con más fuerza, pero parece como traída de lejos, como quien habla para no ser escuchado, como deseando esconderse.

Francisco se incorpora de la cama y el frío del suelo hace que su corazón dé un sobresalto.

El miedo lo paraliza. – *iFrancisco!* – Ahora, la voz habla con más firmeza, con voz de mando. El muchacho da unos pasos vagos, se dirige hacia la puerta, con la mano derecha intenta alcanzar el interruptor para encender la lámpara del cuarto; lo logra. Una luz amarillenta alumbra todo.

En el cuarto hay una cama de madera, y encima un colchón sucio que anuncia que está muy maltratado y viejo. Al lado izquierdo está una mesa de madera, cuadrada, muy rústica, que hace las veces de ropero, escritorio, comedor. Las paredes de un color gris opaco. Y con marcas de humedad. – *iFRANCISCO!, iFRANCISCO!, iFRANCISCO!* – ¡Es nuevamente el viejo!

Ahora sabe de donde proviene, pero ignora de quien sea. Pero no logra ver con claridad, sus ojos le arden y le cuesta mucho trabajo mantenerlos abiertos. Su cuerpo se siente pesado, como que sus miembros no responden las órdenes que intenta dar para girarse y observar quién le habla con tanta insistencia.

Un hombre de unos 55 años, pueda que más, pueda que menos. Está en pie frente a él a unos pocos metros de distancia, este lo mira fijo a los ojos. Francisco siente que su vida se le escapa del cuerpo, que no tiene

* Estudiante de la licenciatura Lengua y Literatura Hispánica, V año, UNICA.

fuerzas, sabe que puede desplomarse en cualquier momento. Con su mano izquierda se apoya contra la pared. Intenta respirar, no lo consigue. Su respiración se vuelve torpe y agitada. Y un fuerte dolor aparece en su estómago. El calor que sintió hace poco en el cuello se vuelve insoportable. Grita. Sin embargo, su boca no emite ningún sonido. Reintenta, está vez con más fuerza, pero, tampoco consigue articular ninguna frase, ni palabra, nada, ha enmudecido.

–*Mamaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaá*– grita Francisco. No, no lo hace. No entiende que su llamado de auxilio solo está en su mente, su cuerpo no le obedece, ni lo hará. Intenta llorar, quiere gritar, salir corriendo, la desesperación es persistente y crece a cada segundo. El hombre sonrío. Una sonrisa descarada, desafiante, como quien sabe que tiene el control de la situación, como el león acorralando a su presa. Una presa indefensa, de unos 9 años de edad.

–*Francisco, esta noche verás lo que le haré a tu mamá.* – le dijo el viejo. La voz ya no es fuerte, ni es un susurro, tiene un tono satírico, irónico, burlesco.

–*Padre nuestro que estás en los cielos...*– murmura Francisco. Trata de recordar aquel rezo que, de cuando en cuando, repite en misa.

–*Haré que su vida sea miserable.* – Continuó diciendo el hombre, – *créeme, que la tuya correrá la misma suerte.*–

– *iAve María Purísima, sin pecado concebida!...*– Rezaba Francisco. Él se percata que no sucede nada, que su garganta no logra expulsar ningún sonido. Lloro, no,

tampoco, no hay lágrimas que recorran sus mejillas.

¿Has visto como el titiritero domina a sus títeres? – le dijo el viejo.

El viejo estaba vestido con un pantalón sucio: asqueroso, de un color café, y llevaba una camiseta de un tono muy difícil de describir por el resplandor de la luz amarillenta que llenaba el cuarto. Sin embargo, y sin temor a equivocación, es del mismo tono del pantalón. Su cara sucia, una barba algo espesa, y en su cabeza llevaba puesto una especie de turbante, como los que usan los hindúes; Limpio, rojo quemado. No tenía puesto ningún calzado. Sus pies llenos de tierras, y las uñas negras. En su mano derecha, y por detrás de él sostenía un saco que emanaba



un olor putrefacto, como de quien pasa años sin bañarse, y el estiércol junto con la orina son su aroma natural.

Francisco, un niño de compleción delgada, tez morena, ojos cafés oscuro, cabello negro. Vestido solo con una calzoneta de color azul. Sin camiseta, o cualquier otra prenda que cubra su torso. Descalzo, en realidad, su calzado estaba debajo de la cama. Pero, para ser honesto, ¿quién en semejante situación se acordaría de esto?

El hombre da dos pasos, y está ahora frente a Francisco. El olor es insoportable, un asco se apodera del muchacho. Y un fuerte vértigo hace que se les revuelvan las entrañas. Va a vomitar. No, tampoco. No pasará, su cuerpo no responde. Su mente dice hazlo, su cuerpo no obedece, ve y corre, no; llora, no; pide auxilio, no. Es la lucha entre el querer y el no poder.

–Sé que no me conoces, pero yo a vos sí–.
Dijo el viejo.

–Por ahora, que sepas o no mi nombre, o quien soy, o que, es de poca importancia–.
Continuó el viejo.

Si el olor de su cuerpo es nauseabundo, el que emana de su boca es aún peor. Deja ver una sonrisa descarada, misma a la que le hacen faltas algunas piezas dentales, y las que están, son de un color negro. Hace un ademán con su mano izquierda de querer tocar a Francisco. Se acerca, da unos pasos; desaparece como el humo que emana un cigarro, o la niebla espesa de una madrugada fría. A lo lejos algunos perros ladran. La lluvia empeora, un verdadero aguacero.

Francisco se percató que su hermano menor está en la cama inmóvil. No se despertó. ¿no sentirá el olor? ¿no escucha la voz del hombre, ni el aguacero azotando el techo de zinc, ni los perros ladrar? El hombre parece no darse cuenta de la existencia de José Luis, así se llama el hermano menor, o sencillamente lo ignora. Imposible saberlo.

–¡FRANCISCOOOO! ¡CHICOOOOOOOOO! –
esa voz la reconoce, sabe de quién es, y de donde viene. Es Claudia, su mamá, mujer de unos 40 años. La voz proviene del patio de la casa. Francisco quiere contestar. Y lo logró.
–Mamaaaaaá – gritó Francisco. Da un giro, abre la puerta, y se pone en pie en medio del corredor. Este conecta la sala, los cuartos, el baño y la puerta trasera que lleva al patio. Aún no se ha percatado que puede moverse, y que el hombre, ya no está.

Si lo peor que experimentó hasta ahora es no poder hablar ni moverse. Lo que está a punto de ver es aún más espantoso. Se pone en medio del corredor, enciende otro interruptor que da energía a otra bujía de luz amarillenta. No alcanza a ver con claridad, pero la puerta que lleva al patio está abierta. Y ve una silueta, no sabe quién es, al menos no reconoce de quien sea. Avanza dando unos pasos lentos, pero seguro. *–¡CHICOOOOO! –*
Le grita la sombra que está en el patio, en medio del gran aguacero. *–¡MAMAÁÁÁÁÁ!–*
responde él, con la misma fuerza de voz, con desesperación, con dolor, con ganas de correr, abrazarla y sentirse seguro. Él es miedoso, cobarde, y lo sabe.

Avanza más de prisa, empieza a llorar. Es un llanto de alegría. Cuando por fin llegó al umbral de la puerta, se detuvo de golpe. Su

corazón dio otro sobre salto. Era su mamá, estaba segura. Pero, ella esta desnuda, y da brincos seguidos, sus dos manos las agita al tiempo que su cabeza se mece de derecha a izquierda, de atrás hacia adelante. Francisco siente un dolor profundo. No llora, no sabe que decir, o hacer, no siente. Sus pequeños ojos se quedaron fijos viendo aquello. Está helado, frío, estupefacto, catatónico. Recordó las palabras del hombre, su mente las evocaba como expulsadas desde un megáfono; – *¿Has visto cómo el titiritero domina a sus títeres?*–.

Siente una mano que le toca el hombro. Él grita al contacto. Es su hermano mayor, de unos 20 años.

Sergio lo abraza. Todo estará bien, no pasa nada. Dijo Sergio. Él sabe que su hermano miente. Y Sergio también. Este no tiene ni la menor idea de qué ha acontecido. Francisco llora, llora desconsolado, como quien tiene un dolor profundo, un dolor que carcome el alma. Miró otra vez, y no solo observa a su madre desnuda, dando brincos. Detrás de ella, está el hombre, el que está vestido de harapos viejos, turbante, y carga un saco asqueroso. Él ríe, y Francisco vio, otra vez, aquella sonrisa descarada.

Se aterrorizó, el calor..., aquella brasa reaparece en su cuello como el fuego. Ahora es peor. Tiembla, y sus dientes rechinan. Sergio lo dirige al cuarto. A Sergio le tiemblan las piernas, y el corazón le da brincos en el pecho. Francisco busca a su hermano menor, y, aunque pueda parecer contradictorio, siente un aire de alegría al darse cuenta que aún duerme. José Luis está ajeno a los sucesos acaecidos esa noche.

Sergio se dirige a la sala. Sube dos escalones que unen la sala con el pasillo principal. Toma el teléfono y hace unas llamadas. Francisco lo sigue despacio, pero no alcanzó a escuchar con quien hablaba. Transcurrió un cuarto de hora y, a los lejos, se oye el sonido ensordecedor de una sirena. No tardaron en dar con la casa. La ambulancia se aproxima. Mientras que Francisco ve todo desde la puerta de su cuarto.

Y, como suele suceder en todo barrio de las ciudades de Nicaragua, y más aún, en ese barrio, que está ubicado en un departamento, a unos veintitantos km de Managua, la capital, los vecinos ya se despertaron por los gritos, los llantos, la sirena, los perros, y nunca falta la vieja chismosa que sale con su camisón de dormir dando avisos a los vecinos para que auxilien o presten su ayuda. Aunque todos sabemos, y no hay porqué negarlo, que sus intenciones primarias son averiguar qué sucede y así poder tener el chisme del día. Detestable actitud.

Miriam, que así se llama la vieja chismosa. Fue la primera en dirigirse a Sergio:

– *Dios Mío, ¿qué pasa?; ¿Por qué esos gritos?; ¿Llamaste a la ambulancia?; ¿Se metieron a robar?; ¿Por qué no hablaste a la policía?; ¡Diosito lindo!... Seguro intentaron forcejear con los ladrones, y conociendo a Claudia, tan bien como la conozco, debió pelear y los desalmados de esos delincuentes la hirieron. ¡Ay Sergio!... ¿Y LOS NIÑOS?, SERGIO, ¡LOS NIÑOS!* –.

Sin decir más nada, ni pedir permiso, Miriam, entró a la casa. Sergio no tuvo tiempo de detenerla porque en eso se estacionó la

ambulancia. Cuatro hombres vestidos de enfermeros se bajaron de un jeep que hacía de ambulancia. Uno a uno los vecinos, bajo la lluvia, salieron y cada cual, en las aceras de sus casas, intentaban descifrar qué sucedía. Unos se hablaban de señas, otros se acercaban a sus vecinos más próximos.

Una mujer grita de espanto. Sus ojos no dan crédito a lo que ven, grita nuevamente, está vez, con más fuerza. Da media vuelta, y empieza la carrera hacia la entrada para dirigirse a la acera. Es la vieja chismosa, tiembla de terror, no puede hablar. En el porche se encuentra con los enfermeros. Grita, y corre más deprisa. Ellos la ignoran, Sergio toma del brazo a Francisco y de un empujón lo introduce al cuarto. – *No salgas de aquí* –le dijo.

Francisco deja entre abierta la puerta, y con lágrimas en las mejillas le corresponde ver cómo Sergio, con una sábana, intenta cubrir a su mamá. Ella no lucha, solo llora, y no para de sacudir la cabeza; de izquierda a derecha, de atrás hacia adelante. Un enfermero está paralizado del miedo. Solo dice, –*no, no, no.* – El otro, repetía la misma pregunta, una y otra vez, – *¿Dónde está el hombre que estaba detrás de ella?* – Mientras un enfermero con ayuda de Sergio la viste, y el otro, es decir, el cuarto, le inyecta algo en el brazo. Claudia cae como desmayada, como en un sueño pesado. Poco a poco la dirigen a la ambulancia. Francisco está en el pasillo. Y como si saliera de un coma profundo, su madre lo mira y le dice: –*Perdóname*–, es lo único que dijo. Francisco se siente pesado, sus ojos se le cierran, su cuerpo no responde.

En la calle, en medio aguacero, aquello parecía un gran espectáculo. La vieja chismosa gritaba: –*Un hombre sucio, harapiento, con un saco, está en el patio, ¡Ay Dios mío!, ahí viene, ¡ay Dios mío!*–.

Unos vecinos, miraban cuando Sergio introducía con la ayuda de dos enfermeros a su mamá a la ambulancia. Increíblemente, algunos reían, una risa de satisfacción como cuando tu enemigo cae, y no hay nada mejor que verlos en tan despreciable situación. Otros intentaban ver al hombre de las ropas harapientas; sin lograrlo. Unos, solo miraban. Nadie ayuda, nadie auxilia. Por otro lado, uno de los espectadores dice al otro: –*si el diablo existe, visitó esa casa esta noche*–.

– *¡FRANCISCO! ¡FRANCISCO!* –, La voz insiste. Despierta, llegarás tarde a clases. Francisco se incorpora, nota que está sudando. Su corazón está agitado, tiene miedo de abrir los ojos. Se da cuenta que no llueve, con una mano toca a su hermano. Él está donde debe estar. – *Francisco es hora de irse a bañar*–. Esa voz la conoce; es su mamá. La mira, se levanta, la abraza. Ella corresponde, y por unos instantes se quedaron abrazados.

En eso, Francisco cree ver al hombre, al sucio, en medio del cuarto. Este lo observa y se sonríe, una sonrisa sarcástica. Francisco cierra los ojos. Abraza a su mamá, y no ve nada más.



Managua, 18 de mayo de 2016.